

MATAR A UN Ruiñeñor

NUEVA
TRADUCCIÓN

A stylized illustration of a tree with dark, gnarled branches and dense green foliage. The tree is set against a solid red background. The leaves are represented by small, light green shapes, creating a textured effect. The overall style is graphic and modern.

HARPER LEE

HarperCollins

*Al señor Lee y a Alice
en testimonio de amor y cariño*

Los abogados, supongo, también fueron niños alguna vez.

Charles Lamb

Primera Parte



1



Cuando tenía casi trece años, mi hermano Jem sufrió una grave fractura en el brazo a la altura del codo. Cuando sanó y por fin se disiparon sus temores de que nunca podría volver a jugar al fútbol americano, en raras ocasiones volvía a acordarse de aquella lesión. El brazo izquierdo le quedó algo más corto que el derecho; cuando estaba de pie o andaba, el dorso de la mano formaba casi un ángulo recto con su cuerpo, y el pulgar estaba paralelo a sus muslos. A él no podría haberle importado menos, con tal de poder pasar y chutar.

Cuando transcurrieron años suficientes para poder verlos en retrospectiva, a veces hablábamos de los acontecimientos que condujeron a su accidente. Yo sostengo que los Ewell fueron quienes lo comenzaron todo, pero Jem, que era cuatro años mayor que yo, decía que eso había empezado mucho antes. Dijo que comenzó el verano en que Dill vino a vernos, cuando nos hizo concebir por primera vez la idea de hacer salir a Boo Radley.

Yo decía que si él quería tener una amplia perspectiva de lo sucedido, en realidad comenzó con Andrew Jackson. Si el general Jackson no hubiera perseguido a los indios creek arroyo arriba, Simon Finch nunca habría llegado

hasta Alabama, y ¿dónde estaríamos nosotros si no lo hubiera hecho? Éramos demasiado mayores como para zanjar la discusión con una pelea, de modo que consultamos a Atticus. Nuestro padre dijo que los dos teníamos razón.

Al ser del Sur, era un motivo de vergüenza para algunos miembros de la familia que no tuviéramos constancia de que alguno de nuestros antepasados hubiera peleado en la batalla de Hastings. Tan solo teníamos a Simon Finch, un boticario de Cornualles cuya piedad solo se veía superada por su tacañería. En Inglaterra, a Simon le irritaba la persecución de aquellos que se autodenominaban metodistas a manos de sus hermanos más liberales, y ya que Simon se consideraba metodista, cruzó el Atlántico hasta Filadelfia, de ahí a Jamaica, y desde allí a Mobile subiendo hasta Saint Stephens. Teniendo en cuenta las estrictas normas de John Wesley sobre no enriquecerse en los negocios aprovechándose de los demás, Simon se dedicó a la práctica de la medicina logrando un gran éxito; pero en esta empresa era infeliz, pues había sido tentado a hacer lo que él sabía que no era para la gloria de Dios, como llevar oro y ropas costosas. De modo que Simon, habiendo olvidado lo que su maestro había dicho sobre la posesión de bienes humanos, compró tres esclavos y con su ayuda estableció una hacienda a las orillas del río Alabama, a unos sesenta y cinco kilómetros más arriba de Saint Stephens. Regresó a Saint Stephens solamente una vez, para encontrar esposa, y con ella estableció una descendencia con muchas hijas. Simon vivió hasta una edad impresionante y murió rico.

Era costumbre de los hombres de la familia quedarse en la hacienda de Simon, Finch's Landing, y ganarse la vida con el algodón. El lugar se sostenía a sí mismo. Modesto en comparación con los imperios que lo rodeaban, Landing producía sin embargo todo lo necesario para la vida excepto hielo, harina de trigo y prendas de vestir, que proporcionaban las embarcaciones fluviales de Mobile.

Simon habría considerado con impotente rabia los problemas entre el Norte y el Sur, ya que arrebataron a sus descendientes todo a excepción de su tierra; sin embargo, la tradición de vivir en esa hacienda siguió inalterable hasta bien entrado el siglo xx, cuando mi padre, Atticus Finch, fue a Montgomery para aprender Derecho, y su hermano menor fue a Boston para estudiar Medicina. Su hermana Alexandra fue la Finch que se quedó en Landing: se casó

con un hombre taciturno que pasaba la mayor parte de su tiempo tumbado en una hamaca al lado del río preguntándose si sus redes de pesca estarían llenas.

Cuando mi padre fue admitido en la abogacía, regresó a Maycomb y comenzó a ejercer. Maycomb, a unos treinta kilómetros al este de Finch's Landing, era la capital del condado de Maycomb. La oficina de Atticus en el edificio del juzgado contenía poco más que una percha para sombreros, una escupidera, un tablero de damas y un impecable *Código de Alabama*. Sus dos primeros clientes fueron las dos últimas personas a las que ahorcaron en la cárcel del condado de Maycomb. Atticus los había instado a que aceptaran la generosidad del Estado, que les permitiría declararse culpables de homicidio en segundo grado y así evitar la pena capital, pero ellos eran Haverford, un apellido que en el condado de Maycomb es sinónimo de burro testarudo. Los Haverford habían liquidado al principal herrero de Maycomb por un malentendido que surgió por la supuesta «detención ilegítima» de una yegua, fueron lo bastante imprudentes para hacerlo en presencia de tres testigos e insistieron en que «ese hijo de mala madre se lo merecía» era una defensa lo bastante buena para cualquiera. Persistieron en declararse no culpables de homicidio en primer grado, de modo que no hubo mucho que Atticus pudiera hacer por sus clientes, a excepción de estar presente en su partida, una ocasión que fue probablemente el comienzo de la profunda antipatía de mi padre hacia la práctica del Derecho Penal.

Durante sus cinco primeros años en Maycomb, Atticus practicó más que cualquier otra cosa la Economía; y durante varios años desde entonces invirtió sus ganancias en la educación de su hermano. John Hale Finch era diez años menor que mi padre, y decidió estudiar Medicina en un momento en que no valía la pena cultivar algodón; pero después de tener a Jack encauzado, Atticus comenzó a obtener ingresos razonables practicando la abogacía. Le gustaba Maycomb, había nacido y se había criado allí; conocía a su gente, ellos le conocían, y debido a los negocios de Simon Finch, Atticus estaba emparentado por sangre o matrimonio con casi todas las familias de la ciudad.

Maycomb era una vieja población, pero además era una vieja población cansada cuando yo la conocí. En el tiempo lluvioso las calles se convertían en un barrizal rojizo; crecía hierba en las aceras, y el edificio del

juzgado parecía combarse sobre la plaza. En cierto modo, hacía más calor entonces: un perro negro sufría los días de verano; las flacas mulas enganchadas a los carros espantaban moscas bajo la sofocante sombra de las encinas que había en la plaza. A las nueve de la mañana, los cuellos rígidos de los hombres se veían lánguidos. Las damas se bañaban antes de la tarde, después de su siesta de las tres, y al atardecer estaban como blandos paste- litos cubiertos de sudor y dulce talco.

La gente se movía despacio entonces. Cruzaban la plaza a paso lento, entrando y saliendo de las tiendas que la rodeaban, y se tomaban su tiempo para todo. Un día tenía veinticuatro horas, pero parecía más largo. No había ninguna prisa, ya que no había ningún lugar adonde ir, nada que comprar y nada de dinero con el cual comprar, nada que ver fuera de los límites del condado de Maycomb. Pero era una época de vago optimismo para algunas personas: al condado de Maycomb se le había dicho recientemente que no tenía nada que temer, solamente a sí mismo.

Vivíamos en la principal calle residencial de la ciudad: Atticus, Jem y yo, además de Calpurnia, nuestra cocinera. Jem y yo estábamos conten- tos con nuestro padre: jugaba con nosotros, nos leía y nos trataba con cortesía.

Calpurnia era otra cosa. Toda ángulos y huesos, era miope, también bizca, y sus manos eran tan anchas como un travesaño de cama, y dos veces más duras. Siempre me estaba ordenando que saliera de la cocina, pregun- tándome por qué no podía comportarme tan bien como Jem aunque sabía que él era mayor, y me llamaba para volver a casa cuando yo no estaba lista para regresar. Nuestras batallas eran épicas y con un final sin variación. Cal- purnia ganaba siempre, principalmente porque Atticus siempre se ponía de su lado. Ella había estado con nosotros desde que nació Jem, y yo había sentido la tiranía de su presencia desde que podía recordar.

Nuestra madre murió cuando yo tenía dos años, de modo que nunca sentí su ausencia. Ella era una Graham de Montgomery; Atticus la conoció cuando fue elegido por primera vez para la legislatura estatal. Para entonces, él era de mediana edad y ella quince años más joven. Jem fue el resultado de su primer año de matrimonio. Cuatro años después nací yo, y dos años des- pués nuestra madre murió de un ataque repentino al corazón. Decían que

era cosa de familia. Yo no la extrañaba, pero creo que Jem sí. Él la recordaba claramente, y algunas veces en mitad de un juego daba un largo suspiro, y después se marchaba y jugaba él solo detrás de la cochera. Cuando se ponía así, yo sabía que era mejor no molestarle.

Cuando yo tenía casi seis años y Jem se acercaba a los diez, nuestras fronteras en el verano (al alcance de la voz de Calpurnia) eran la casa de la señora Henry Lafayette Dubose, dos puertas al norte de la nuestra, y la Mansión Radley, a tres puertas al sur. Nunca sentimos la tentación de traspasarlas. La Mansión Radley estaba habitada por una entidad desconocida, cuya mera descripción era suficiente para hacer que nos portáramos bien durante días. La señora Dubose era el mismo demonio.

Ese fue el verano en que vino Dill.

Una mañana temprano, cuando estábamos comenzando nuestros juegos en el patio trasero, Jem y yo oímos algo en la puerta contigua, en el parterre de coles de la señorita Rachel Haverford. Fuimos hasta la malla de alambre para ver si había un perrito, pues la perra terrier de la señorita Rachel estaba preñada, pero en cambio encontramos a alguien sentado que nos miraba. Sentado, no era mucho más alto que las coles. Nos quedamos mirando fijamente hasta que él habló:

—Hola.

—Hola, tú —contestó Jem amablemente.

—Soy Charles Baker Harris —dijo él—. Sé leer.

—¿Y qué? —pregunté yo.

—Solo pensé que os gustaría saber que sé leer. Si tenéis algo que necesitéis leer, yo puedo hacerlo...

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Jem—. ¿Cuatro y medio?

—Voy para siete.

—Entonces no es nada —dijo Jem, señalándome con el pulgar—. Aquí Scout lee desde que nació, y ni siquiera ha comenzado aún la escuela. Pareces muy canijo para tener casi siete años.

—Soy pequeño pero mayor —afirmó él.

Jem se apartó el cabello para mirarlo mejor.

—¿Por qué no vienes aquí, Charles Baker Harris? —dijo—. Señor, vaya nombre.

—No es más curioso que el tuyo. Tía Rachel dice que te llamas Jeremy Atticus Finch.

Jem frunció la frente.

—Soy lo bastante alto para estar en consonancia con mi nombre —dijo—. Tu nombre no es más largo que tú. Apuesto a que es un palmo más largo.

—La gente me llama Dill —dijo Dill, intentando pasar por debajo de la valla.

—Te irá mejor si pasas por encima en lugar de por debajo —observé yo—. ¿De dónde vienes?

Dill era de Meridian, Mississippi, e iba a pasar el verano con su tía, la señorita Rachel, y desde entonces pasaría todos los veranos en Maycomb. Su familia era del condado de Maycomb originariamente. Su madre trabajaba para un fotógrafo en Meridian, había presentado una fotografía de él a un concurso de niños guapos, y ganó cinco dólares. Le dio el dinero a Dill, quien lo empleó en ir veinte veces al cine.

—Aquí no hay exposiciones de fotografía, excepto a veces las de Jesús en el juzgado —dijo Jem—. ¿Viste alguna película buena?

Dill había visto *Drácula*, una revelación que movió a Jem a mirarle con cierto respeto.

—Cuéntanosla —le pidió.

Dill era un chico muy curioso. Llevaba pantalones cortos azules de lino que se abotonaban a la camisa, su cabello era blanco como la nieve y lo llevaba pegado a la cabeza como si fuera un plumón de pato; era un año mayor que yo, pero yo le sobrepasaba en altura. Mientras nos relataba la vieja historia, sus ojos azules se iluminaban y se oscurecían; su risa era repentina y feliz, y solía tirarse de un mechón de cabello que caía sobre su frente.

Cuando Dill hubo reducido al polvo a *Drácula*, y Jem dijo que la película parecía mejor que el libro, le pregunté a Dill dónde estaba su padre.

—No has dicho nada de él.

—No tengo ningún padre.

—¿Está muerto?

—No...

—Entonces, si no está muerto, sí lo tienes, ¿verdad?

Dill se sonrojó y Jem me dijo que me callase, una señal segura de que Dill había sido estudiado y hallado aceptable. A partir de entonces el verano pasó con una diversión constante. La diversión constante era: hacer mejoras a nuestra casa del árbol que descansaba entre dos cinamomos gigantes en el patio trasero, alborotar, recorrer nuestra lista de obras de teatro basadas en las de Oliver Optic, Victor Appleton y Edgar Rice Burroughs. En este asunto teníamos la fortuna de tener a Dill. Él representaba los papeles que anteriormente me daban a mí. El mono en *Tarzán*, el señor Crabtree en *The Rover Boys*, el señor Damon en *Tom Swift*. De ese modo llegamos a conocer a Dill como un merlín de bolsillo, cuya cabeza estaba llena de planes excéntricos, anhelos extraños y fantasías raras.

Pero a finales de agosto nuestro repertorio era aburrido, por haberlo representado incontables veces, y fue entonces cuando Dill nos dio la idea de hacer salir a Boo Radley.

La Mansión Radley fascinaba a Dill. A pesar de nuestras advertencias y explicaciones, le atraía como la luna atrae al agua, aunque no más cerca de la farola de la esquina, a una distancia segura de la puerta de los Radley. Ahí se quedaba, rodeando el grueso poste con un brazo, mirando fijamente y haciéndose preguntas.

La Mansión Radley hacía una curva cerrada más allá de nuestra casa. Andando hacia el sur, se pasaba por delante de su porche; la acera daba un giro y estaba en paralelo con la finca. La casa era baja, en otra época era blanca y con un ancho porche y persianas verdes, pero hacía mucho tiempo que se había oscurecido hasta llegar al tono de pizarra gris que la rodeaba. Unas tablas descompuestas por la lluvia caían sobre los aleros del barandal; unos robles mantenían alejados los rayos de sol. Los restos de una cerca guardaban el patio frontal, un patio «barrido» que nunca se barría, donde crecían en abundancia hierbajos y flores silvestres.

Si quieres disfrutar del resto de la historia, puedes comprar el libro pinchando aquí.